

DIARIO DE UNA MARIPOSA NOCTURNA

RACHEL KLEIN



A Lyle

Prólogo

Cuando el doctor Karl Wolff me sugirió por primera vez que publicara el diario que llevaba en mi tercer año en el internado, creí que no le había oído bien. Ha estado interesado en mí —o, tal vez, debería decir en mi caso— desde que me encontraba bajo sus cuidados psiquiátricos y hablamos por teléfono una vez al año, más o menos. No obstante, no había visto el diario desde que se lo entregué en el hospital treinta años atrás, y sólo lo discutimos en una única ocasión, en la que insistió en que tenía que dejar atrás aquel período de mi vida. Abandonar el diario era el primer paso para recuperarme.

Mi respuesta instintiva a la publicación fue negativa. No había escrito el diario con intención de que nadie más lo leyera. Y el doctor Wolff sólo lo conservó después de hacerle una promesa a mi madre antes de que yo dejara el hospital. Lo había escrito para conservar mi «yo» a los dieciséis años. O al menos, eso era lo pensaba en aquella época. Además, tengo una hija de la misma edad que yo tenía cuando estaba escribiendo aquel diario, y quiero protegerla. Creo que no necesita saberlo todo sobre mí.

El doctor Wolff me tranquilizó. Se cambiarían todos los nombres. Sería imposible reconocermme como narradora. Incluso resultaría difícil reconocer la escuela. Sobre todo, él pensaba que el diario sería una aportación inestimable a la literatura sobre la adolescencia femenina en una época en

la que el comportamiento temerario ha alcanzado proporciones epidémicas. Al parecer, lo había releído cuando recogía su despacho antes de jubilarse y quedó impresionado por lo convincente de mi escritura.

No estoy segura de estar de acuerdo con él. Sin embargo, siempre me han intrigado los diarios que llevan las chicas. Son como casas de muñecas. Una vez miras en su interior, el resto del mundo parece muy lejano, incluso irreal. Si tuviéramos el poder de salir de nosotros mismos en esos momentos, nos evitaríamos mucho dolor y miedo. No estoy hablando de verdad ni de mentiras, sino de supervivencia.

Acepté la propuesta del doctor Wolff con algunas reservas. Si, después de leer mi diario, consideraba que tenía razón, le permitiría publicarlo. El doctor Wolff también me pidió que escribiera un epílogo, a modo de cierre de la experiencia. Consideraba algo bastante poco común que alguien que sufre de trastorno límite de la personalidad, agravado por la depresión y la psicosis, se recuperara y nunca volviera a sufrir otro «episodio», tal y como él los denominaba. Estaba convencido de que mis reacciones al diario resultarían reveladoras.

No sé cómo valorar eso. Cuando abrí el cuaderno, encontré la cuchilla de afeitar que había escondido entre sus páginas tanto tiempo atrás. Según me explicó el doctor Wolff, la había conservado como parte del «cuadro clínico». Aquello me pareció incongruente. No era más que una cuchilla de afeitar. Y las palabras de la página no eran más que eso; palabras escritas con una letra conocida.

A todo aquel que se pregunte si es posible sobrevivir a la adolescencia, esto es todo lo que puedo ofrecer a modo de consuelo.

SEPTIEMBRE

10 de septiembre

Mi madre me ha dejado a las dos. Casi todo el mundo ya está aquí. Excepto Lucy. Espero impaciente su llegada para poder empezar a deshacer las maletas juntas. Voy a escribir en el diario mientras tanto.

Después de que mi madre se haya marchado he sentido un vacío en el estómago que se extendía por mi garganta hasta la parte posterior de los ojos. No he llorado aunque, probablemente, me habría sentido mejor. Necesitaba aferrarme a ese sentimiento, a ese dolor. Si Lucy hubiera estado aquí, me habría distraído. He tenido un momento de pánico cuando le he dicho adiós a mi madre. Casi le he suplicado que no me dejara aquí. Es muy raro. He deseado volver al colegio durante el último mes. Incluso me entusiasmé cuando mis uniformes llegaron por correo. La falda azul claro estaba rígida como el cartón. Tuve que lavarla antes de poder ponérmela. Me alegro de no ser una estudiante externa, preocupada por mi aspecto en el tren de camino a casa. Esas chicas se meten a hurtadillas en los servicios de la estación para maquillarse y cambiarse los zapatos Oxford por mocasines, por si se encuentran con chicos a los que conocen en el tren. Las he visto esperando el tren con sus faldas por encima de las rodillas, y es difícil darse cuenta de que van de uniforme. A las internas no nos importa lo más mínimo parecer enfermeras.

Ahora que estoy aquí, quiero huir.

Siempre me da miedo dejar a mi madre. Tengo miedo de no volver a verla. Quiero correr tras ella como una niña pequeña, agarrarme de su falda, buscar su mano y sorberme la nariz. En cambio, me quedo de pie muy tiesa, y no digo ni una palabra. «¿No puedes decir adiós, al menos?», me pregunta. Después de unos días, la escuela me atrapa. Entonces, me alegro de estar lejos de mi madre,

aunque ella sea todo lo que me queda. Me gusta recibir sus cartas, pero odio que llame. Yo nunca la llamo. Su voz es muy pesada. Me deprime. Siempre me asusto cuando me llaman por teléfono. Me resulta increíblemente duro llevarme el auricular a la oreja. Quiere tragarme. Lucho por levantarlo, mientras la persona al otro lado de la línea pende en el espacio, esperando oír mi voz.

Desde la ventana, observé a mi madre acelerar y perdí de vista su coche detrás del taller. Cuando giró a la izquierda en la avenida, pude volver a ver un relámpago azul brillante a través de la verja negra. Y entonces, desapareció. Mi madre siempre conduce demasiado de prisa; no le importa lo que le pase. La madre de Lucy nunca conduciría así.

Me quedé de pie junto a la ventana durante un buen rato. A continuación, me di la vuelta y observé la habitación, mi nueva habitación, con mi baúl, mis bolsas y mis cajas apiladas en el centro. No es tan maravillosa como había creído que sería durante todo el verano. Las paredes están sucias. La chica que había vivido aquí el año anterior dejó manchas negras de huellas dactilares en lugares extraños. No hay nada en el suelo. Bajo la ventana hay una silla con reposabrazos de madera, cubierta de un florido tejido canela y rosa. No es muy tentadora. Creo que pondré unos cojines en el alféizar y lo convertiré en un asiento. Pensaba que sería la mejor habitación de la residencia. Cuando haya deshecho las maletas y Lucy esté en la habitación de al lado todo será distinto.

Me cansé de esperar a Lucy, así que di un paseo hasta la estación de tren. En la papelería que había junto a la farmacia encontré un viejo cuaderno francés con tapas moteadas en carmesí y un grueso lomo negro, como un libro de verdad pero con las hojas en blanco. De alguna manera, había acabado en la parte posterior de la tienda,

olvidado. Lo agarré y caminé hasta la caja, apretándolo contra mi pecho, temerosa de que alguien me lo pudiera arrebatar. Es exactamente igual que los diarios que mi padre solía llevar. Aquello era una señal, tenía que comprarlo. Ahora voy a llenarlo de palabras, de la misma forma que él solía llenar sus cuadernos: las páginas, los márgenes y las guardas completamente cubiertos con notitas que no tenían ningún sentido para nadie más. No se lo contaré a nadie, ni siquiera a Lucy.

Leí los libros de Claudine durante el verano. Eran un sustituto de la escuela que tanto echaba de menos. Espero que las palabras fluyan de mi pluma al papel de la misma forma que fluían para Colette: las palabras exactas que necesito. Tengo *Claudine en la escuela* en mi escritorio, para inspirarme. Ella sabe lo que es estar encerrada en un lugar como éste, en el que todas tus emociones se centran en las chicas que te rodean, donde sueñas con un novio pero sólo te sientes cómoda con el brazo alrededor de la cintura de otra chica.

Ya he puesto demasiados pensamientos tristes en estas páginas. Tengo que empezar de cero de nuevo, despacio y con cuidado. Todo tiene que ser perfecto. No tengo ninguna prisa. Primero, abro el cuaderno sobre la mesa, aliso las suaves páginas rayadas con líneas verdes y destapo la estilográfica, la que mi madre me regaló por mi decimosexto cumpleaños. También es carmesí y noto su peso en mi mano. Lleno un viejo tintero de cristal que encontré en un escritorio de la sala de estudio con tinta negra del frasco. El olor acre persiste en el aire. Es el olor de un escritor. Comienzo por el principio y pongo un número en la esquina superior derecha de cada página. Hay 155 hojas y voy a escribir por ambas caras. Serán 310 páginas; debería ser suficiente.

Me llevó mucho tiempo acostumbrarme a la escuela, no sentir que todo el mundo me miraba y me compadecía constantemente. Odiaban compadecerme. Creo que seré capaz de ser feliz este año, compartiendo una suite con Lucy. Ése es mi sueño. El año que viene tendré que pensar en la universidad. Tendré que empezar de cero otra vez.

No puedo creer la suerte que tuvimos. Elegí un número bajo en la lotería y conseguimos nuestra primera opción. Mi habitación es más grande, pero la de Lucy tiene una chimenea y tenemos nuestro propio baño entre las dos habitaciones. Es íntimo y espacioso. Podemos entrar en la habitación de la otra siempre que queramos, y la señora Halton nunca se enterará. Sólo tenemos que asegurarnos de ser silenciosas y limpias y de no hacerle pensar que somos de la clase de chicas que causan problemas. Nadie cree que Lucy sea problemática. Es demasiado dulce. El año pasado, la señora Dunlap estaba siempre encima, irrumpiendo durante la hora de silencio para asegurarse de que estábamos solas. Yo lo odiaba. Este año lo hemos organizado todo mucho mejor.

No quiero que este año acabe nunca.

Me quedaré en mi habitación hasta que llegue Lucy. No quiero ver a nadie más, sólo a ella.

La puerta.

No era Lucy. La chica nueva del otro lado del pasillo ha venido de visita. Resulta extraño tener una chica nueva en primero de bachillerato. Y se las ha arreglado para conseguir una habitación grande para ella sola, con baño y chimenea. Todo el mundo está en un solo pasillo este año, excepto Sofía. Ella quería una individual pero no escogió un buen número. Tuvo que conformarse con una habitación pequeña en la parte delantera aunque, al menos, está a la vuelta de la esquina. Sólo las habitaciones del segundo y

del tercer piso tienen chimeneas. Normalmente, a las chicas nuevas les tocan las habitaciones del servicio del cuarto piso. Eso es lo único que queda después de que todo el mundo elija. Se quedan allí con las de segundo y tercero de secundaria, y con Mac. Charley inventó aquel mote para ella. La señora McCallum parece un viejo bulldog. La chica nueva probablemente sea rica y la señorita Rood estará intentando impresionar a sus padres.

A menudo pienso en cómo habría sido todo esto cuando la residencia era un hotel. Los huéspedes ricos venían aquí para hacer una «cura de descanso», sea lo que sea lo que eso signifique. Montaban en poni en los campos de juego, jugaban al croquet, tomaban el té de la tarde en las galerías y bailaban en el salón después de la cena.

En cierta forma, nada ha cambiado desde entonces, excepto que ahora está lleno de chicas.

La primera vez que atravesé las elevadas verjas de hierro de la Brangwyn School con mi madre y vi la residencia, me sentí como si me hubiera despertado en un sueño. No, no en un sueño. Los sueños no son reales. Me había adentrado en un tiempo y un espacio distintos, un lugar de techos rojos abovedados, arcos de piedra y elevadas chimeneas de ladrillo rematadas con adornos de cobre verdoso, como armas en un campo de batalla: lanzas, picas y alabardas. Aquello no era una escuela, era un castillo. Era invierno y los campos de juego y el largo y ancho camino de entrada estaban cubiertos de nieve, y eso hacía que los campos parecieran inmensos, interminables.

Todo en aquella escuela —los uniformes, las comidas formales, las campanas, las normas— era como los techos rojos y las púas de cobre: elaborado y confuso. No sabía cómo podría acostumbrarme a ello. Pensaba que me marcharía antes de que ocurriera. Entonces, un día, alguien dijo: «Te veo en el rellano en el descanso», y aunque había

escaleras y rellanos por toda la escuela, supe exactamente a qué rellano se refería; al que había detrás de la biblioteca.

La chica nueva se llama Ernessa Bloch. Es bastante bonita, de cabello largo oscuro y ondulado, piel clara, profundos labios rojos y ojos negros. Su único defecto es una nariz demasiado grande que se curva hacia abajo en la punta. De hecho, «bonita» es una palabra demasiado infantil para ella. Quizá sea por sus modales; es muy educada pero nada tímida. No tiene acento, pero hay algo extranjero en ella. Sólo se ha quedado un minuto. Quería saber a qué hora teníamos que levantarnos por la mañana y si el desayuno era obligatorio. Me he ofrecido a fichar por ella mañana, porque ha dicho que estaba completamente exhausta de su largo viaje. Su respuesta:

—Si te va bien...

Por fin. ¡Ésa debe de ser Lucy!

11 de septiembre

Anoche, Sofía vino corriendo a mi habitación después de la cena.

—Un hombre enseñará lengua —dijo—. ¡Y es un poeta!

Se llama señor Davies. Lo tengo en «Más allá de lo creíble: autores de lo sobrenatural». Fue mi primera opción para las optativas de este semestre, pero no me importa tener a un hombre como profesor. El resto de las chicas se están volviendo locas. Las que no consiguieron entrar en sus clases nos tienen mucha envidia. Recuerdo que, una vez, la señorita Watson trajo a un hombre a la escuela y nadie habló de nada más durante el resto del día. Dora está en «La era de la abstracción». Va a leer todo tipo de obras pesadas como Dostoievski y Gide. Me alegro de que no esté en mi clase.

Sofía dijo:

—¿Estás en su clase y no te importa? Eso sí que es sobrenatural.

Es apuesto, con cabello largo y castaño y bigote. Tiene unos treinta años y está casado. Lleva alianza. Después de una sola clase, Claire está locamente enamorada de él. Tenía una pila de libros de poesía sobre su escritorio y el de encima del todo era una colección de poemas de Dylan Thomas.

Claire me susurró:

—Puedes decirle que tu padre era un poeta famoso, antes de suicidarse.

Es una vaca idiota.

—No era famoso —fue todo lo que respondí.

Me tiene envidia porque su padre no es más que un aburrido abogado. Cree que si su padre fuera poeta, el señor Davies se enamoraría de ella. Además, mi padre no

sólo era poeta; también trabajaba en un banco. Solía decir que la poesía era su afición.

12 de septiembre

He decidido escribir al menos una página en mi diario cada día, como si fuera un ejercicio. Será lo primero que haga durante la hora de silencio. Así no me olvidaré. También escribiré los fines de semana. Quiero dejar constancia de lo que me ocurre durante el día: lo que tengo de deberes, lo que hay para cenar, los resultados de mi partido de hockey, quién me está poniendo de los nervios. Nada de soñar con chicos ni cosas por el estilo. Quiero que sea un registro. Más adelante podré leerlo y saber exactamente lo que me pasaba cuando tenía dieciséis años.

Practico al piano todos los días a la misma hora, durante el rato libre justo antes de comer. He estado trabajando en la misma sonata de Mozart durante casi un año y aún no consigo tocarla como quiero. Me gustaría poder sentarme al piano y escribir música sin ningún esfuerzo. Pero en lugar de eso tengo que trabajar muy duro. A veces interpreto una pieza muy bien, pero casi parece que no soy yo la que está tocando. La señorita Simpson dice que tengo que trabajar en mi concentración. Es verdad que mi mente divaga cuando toco. Intento concentrarme pero, al cabo de unos minutos, me olvido de la música y me pregunto qué habrá para comer.

En cualquier caso, los tres primeros días han sido perfectos.

15 de septiembre

He roto mi promesa, pero no importa. Nadie me vigila. He estado muy ocupada. Todos los profesores han puesto deberes desde la primera clase. Lucy ya está completamente agobiada. Es nula en química. No sé cómo va a superar el curso.

En cualquier caso, no ha pasado gran cosa. Me he apuntado de nuevo a hockey, aunque la señorita Bobbie nunca me sacará del equipo B. Y ya cuesta bastante entrar en el equipo B. Sólo estoy ahí porque hago primero de bachillerato. A ella le gustan las chicas de pelo largo, liso y rubio; las externas. ¡No una judía y, además, interna! No importa cuánto entrene, nunca conseguiré subir al primer equipo. Pese a que esperaba ver mi nombre exactamente donde aparecía, me sentí disgustada cuando pusieron las listas en el tablón de la Asociación Atlética. Y allí estaba Lucy, en el equipo A. Conseguiría entrar sin hacer nada. Naturalmente, a la señorita Bobbie le gusta Lucy. Es una diosa del hockey sobre hierba. Si no fuera mi amiga, la odiaría. Se acercó, me rodeó con el brazo y me susurró al oído:

—No llores. Cuando vea lo buena que eres, te cambiaré de equipo.

Menudo nombre más estúpido el de la señorita Bobbie. Su verdadero nombre es señorita Roberts. Resulta patético que una mujer mayor de cabello blanco y piel arrugada tenga un mote. Siempre lleva una falda escocesa de lana con un jersey a juego sobre una camisa blanca y calcetines azul marino hasta la rodilla que caen haciendo pliegues alrededor de sus tobillos. Es como un uniforme. Yo nunca lo llevaría si no tuviera que hacerlo. Por alguna extraña razón, a Sofía le gusta pero, claro, también le gusta la escuela.